



PRO UNIVERSITATIS BARDULIENSIS

JOSE MARIA BUSCA ISUSI

Los estudiantes vascos que cursábamos carrera en Madrid por los años treinta, anteriores a nuestra guerra, o al menos un grupo de ellos, habíamos sentido un prurito o escozor por todo el cuerpo al estar el País, pese a su pujanza económica, carente de uno de los organismos esenciales para el tono y el nivel de un pueblo: la universidad.

El pueblo vasco estaba constituido como por la mitad de los habitantes que hoy tiene y su nivel económico, aunque alto, era más bajo que el actual, y quien se preocupase de la vida y cultura del País estaba preocupado por la falta de una universidad nuestra.

Un grupo de estudiantes con algún profesor de la Universidad Central y otros vascos que vivían en Madrid habíamos constituido una agrupación aconfesional y apolítica que se llamaba «Eusko-Ikasbatza» o Agrupación de Cultura Vasca, y una de sus primeras preocupaciones fue la de inquietar al País por el problema universitario.

Algún estudiante, buen dibujante, diseñó unos sellos para pegarlos en los sobres junto a los de franqueo obligado y todos llevaban el lema: «Pro universitatis vasconum», que, como podrán ver ustedes, me ha dado título para el presente trabajo.

Los sellos tuvieron muy buena acogida y con el importe de lo que produjo su venta se editó un bello folleto en el que se recogían las opiniones de distinguida gente del País y de fuera de él.

Tengo la idea que el gran catedrático Carlos Jiménez Díaz dio una opinión muy favorable para nuestra universidad.

Otros muchos catedráticos universitarios apoyaron la iniciativa. Luego vino la guerra y todo quedó en nada. Hasta desapareció el folleto que yo tenía y la biblioteca que la agrupación tenía en Madrid, que si no de muchos componentes, sí lo era de ejemplares interesantísimos y raros.

El número potencial de estudiantes hoy en Guipúzcoa será por lo menos cuatro o seis veces mayor que lo pudiera ser en 1934.

Hoy, ciertamente, hay una mayor preocupación en el País por la cosa cultural, pero todavía, entendemos al menos nosotros, no equilibrada con la preocupación económica.

Todavía el «tanto tienes tanto vales» es operante en nuestra Bardulia. Para ser famoso aquí o hay que ser muy rico, gran industrial o ser una estrella de fútbol.

La cifra de venta de los libros sobre cuestiones diversas es ridículamente baja.

El vasco, en términos generales, no lee libros. Para confirmarse de ello basta con preguntar a los librereros de los pueblos de nuestra Guipúzcoa.

En términos generales, el inmigrante lee más que el indígena.

Se va mejorando, ciertamente, pero muy poco a poco, demasiado lentamente.

Una universidad sería el revulsivo que necesitamos.

Una universidad, una auténtica «Alma Mater», la madre nutricia de los bárdulos, la que los alimenta con sus pechos y no con fermentadas papillas preparadas en laboratorios, carentes de esencias biológicas.

Es todo el conjunto universitario el que mueve al País. Los profesores, ayudantes, jefes de laboratorio e incluso los alumnos.

Estoy observando que la preparación cultural básica es mejor en los estudiantes que han cursado en las universidades que los que han cursado en centros no universitarios, aunque su preparación técnica sea muy buena.

En una universidad, aunque en ella sólo se cursen asignaturas del ramo de las Ciencias, siempre hay como una filtración humanística.

A los estudiantes de «Eusko-Ikasbatza» se nos planteaba el problema de la ubicación del centro universitario, y tirando de chauvinismo local, cada uno arrimaba el ascua a su sardina.

Los vizcaínos querían en Bilbao, los navarros, en Pamplona, y los guipuzcoanos, en San Sebastián.

Yo solía poner mi cuarto a espadas y les decía que a pocos conocimientos que se tuviesen sobre la geografía vasca, mi pueblo, Zumárraga, era el ideal para la instalación de la Universidad Vasca, puesto que es equidistante en la práctica de San Sebastián, Bilbao, Vitoria y Pamplona.

En aquellos tiempos, las comunicaciones ferroviarias tenían más importancia que las automovilísticas y les decía que si se organizaran trenes estudiantiles desde las capitales vascas, muy de mañana, como los había visto funcionar en los alrededores de las ciudades universitarias extranjeras, el estudiante vasco se vería libre de la molesta carga de las pensiones y casas de patrona.

Algunos tomaban la cosa en broma, pero la pudieron haber tomado también muy en serio, pues sigo considerando que dadas las circunstancias que reinaban en el País en aquellos tiempos la cosa no era una simpleza.

Pero esto de la instalación de una Universidad Vasca nos trae de la mano un problema capital: ¿Para cuántos estudiantes? ¿Con cuántas Facultades debiera contar?

Aunque la carrera que tengo me hubiese podido derivar hacia la enseñanza, cierto es que mi vocación no me dirige por esos caminos, y a mis conocimientos adquiridos en la Universidad les he dado orientaciones más pragmáticas.

Por esta razón, creo que no debo opinar en estas cuestiones.

Pero hay ahora ordenadores electrónicos para todo, como antes había chicas para todo en el servicio doméstico, y a uno de estos ordenadores habría que decirle el número

de chicos jóvenes que hay en el País, la renta que tienen sus padres, las necesidades de técnicas que el País va a precisar del año dos mil en adelante y algunas cosas más, y entonces creo que tendríamos el calibre de nuestra ansiada Universidad y el número y variedad de las Facultades y hasta la ubicación de las mismas.

Pero para mí se presentaría un nuevo problema: los profesores.

Ciertamente que con los catedráticos universitarios vascos que enseñan en universidades alejadas del País y con la gente de alta calificación técnica que en él vive, se podría formar un magnífico cuadro de profesores.

Pero se presentaría de seguida el problema de la forma de proveer las cátedras.

Por mi formación, soy totalmente opuesto al sistema, tan generalizado por desgracia, de las oposiciones.

Sólo se puede dar lugar a las oposiciones cuando no se confía en la honestidad de los señores que tienen que designar un profesor para una determinada cátedra.

La oposición, en muchas cosas, sólo es muestra de la brillantez y descaro de muchos romos opositores y velo que tapa la verdadera ciencia en muchos casos.

Marañón, un hombre que supo mucho de estas cosas, escribió cosas definitivas, al menos para mí, sobre la cuestión.

Una universidad, de la misma forma que los profesores que forman parte de ella, tiene que estar libre de todo problema económico.

Los profesores deben tener una independencia económica total y tener una dedicación plena a su labor.

Hay que evitar esa cosa tan frecuente de que algunos hacen oposiciones, más que por la propia cátedra que tal oposición les puede proporcionar, por el rango social y sobre todo por las mayores minutas que pueden presentar a su clientela amparados en su cargo de profesor de la Universidad de...

Me sumo a toda acción que pueda promover una auténtica Universidad Vasca, y por esta razón, cosas como las que ha promocionado el Ayuntamiento de Rentería, merecen toda mi colaboración.

La cosa para mí tiene tanto más valor cuanto que lo que se opine sobre el tema va dentro de una revista de fiestas, como este año espero esté tan magníficamente impresa como en años anteriores. No en balde Rentería es una villa papelera y esta vez llevará más metralla cultural todavía que en ocasiones anteriores.

Los guipuzcoanos tenemos nuestras nostalgias y para mí una de las más hondas es la de la ausencia de la Universidad de Oñate, nuestra gran ocasión perdida.

La falta de tono cultural nuestro para mí se refleja en esta universidad vacía.

Si cuando el País fue pobre, de escaso número de habitantes, sin apenas comunicaciones debido a su atormentada geografía, pudo funcionar esta universidad, es que al menos en este aspecto no estamos a la altura de nuestros antepasados.

La vacía Universidad de Oñate es una inculpación a las modernas generaciones vascas, que si bien pueden presumir de su alta renta «per cápita» o tener deportistas en los primeros lugares de las clasificaciones, debieran avergonzarse de su hueco cultural.